

LIBRO NOVENO

LA FIESTA POPULAR Y LA MUSICA

CAPITULO I

Era el día mas ruidoso del año, al fin del carnaval, cuando se apodera del pueblo romano, á manera de una fiebre de alegría, como un furor de diversion, de que no se halla ejemplo en ninguna otra parte. Toda la ciudad se disfraza; apénas quedan en las ventanas espectadores sin máscara para mirar á los que la llevan; y aquella alegría principia fijamente en tal día, y ni los acaecimientos públicos ni los particulares del año estorban á nadie para divertirse llegado este tiempo.

Allí puede formarse juicio de toda la imaginacion de la gente vulgar: aun en su boca tiene suma gracia el italiano. Alfieri decia que iba en Florencia al

mercado público para aprender el buen italiano: Roma ofrece la misma proporcion, y estas dos ciudades son quizá las únicas del mundo donde el pueblo habla tan bien, que pueda encontrarse en cualquiera calle la distraccion del ánimo.

La especie de buen humor que reina en los autores de las arlequinadas y de la ópera bufa, se encuentra frecuentísimamente aun en los hombres sin educacion: de suerte que en aquellos días del carnaval, en que se permiten la exageracion y la caricatura, suceden entre las máscaras escenas muy cómicas.

A veces hace oposicion con la viveza italiana una gravedad grotesca, como si sus extraños vestidos les inspirasen la dignidad que no les es natural. En otras ocasiones, es menester un conocimiento tan particular de la mitología para los trajes que componen, que pudieran creerse todavía populares las antiguas fábulas de Roma; pero por lo regular se burlan de las diversas clases de la sociedad con un gracejo lleno de energía y de originalidad. La nacion se muestra mil veces mas distinguida en sus juegos que en su historia; porque la lengua italiana se presta á todas las gradaciones de la alegría con una facilidad que no exige sino una leve inflexion de voz, ó una terminacion un poco diferente para aumentar ó disminuir, ennoblecer ó desfigurar el sentido de las palabras. En especial tiene gracia en boca de los niños, por cuanto la inocencia de la

edad, y la malicia propia de la lengua que camina por sí misma, expresa sin que uno quiera, y tiene casi siempre mas discrecion que quien la habla.

En la fiesta del carnaval no hay lujo ni buen gusto; una especie de petulancia universal la hace semejante á las bacanales de la imaginacion, pero de la imaginacion no mas; porque los Romanos son en general muy sobrios, y aun bastante serios, fuera de los últimos dias del carnaval. Continuamente se hacen descubrimientos nuevos y repentinos en el carácter de los Italianos, lo cual contribuye á que se los tenga en concepto de falsos; pues aunque en realidad hay una costumbre inveterada de fingir en este país que ha soportado tantos yugos; no siempre debe atribuirse á disímulo el tránsito improviso de una á otra disposicion. Mil veces lo causa una imaginacion ardiente: los pueolos que solo tienen juicio ó talento, con facilidad se conocen; mas lo que depende de la imaginacion siempre es inesperado; salva los intervalos; la cosa mas leve la ofende, y otras veces se manifiesta indiferente á lo que mas la debiera alterar: en fin todo pasa en ella misma, y no es posible calcular sus impresiones por lo que las motiva. Por ejemplo, no se alcanza por qué se divierten los grandes señores romanos en pasearse en coche de un extremo á otro del *Corso* horas enteras, sea en los dias de carnaval, ó en los demas del año. No hay nada que los distraiga de esta costumbre; y tambien entre las máscaras hay hombres que se pasean tristemente

con el traje mas ridiculo, y que haciendo melancólicos arlequines y taciturnos polichinelas, no hablan una palabra en toda la tarde; pero tienen, digámoslo asi, satisfecha su conciencia de carnaval cuando han hecho cuanto han podido para divertirse.

Hállase en Roma una especie de máscaras que no hay en ninguna otra parte; máscaras imitadas de las figuras de la estatuas antiguas, y que de lejos presentan una hermosura perfecta, de suerte que muchas mujeres pierden en quitárselas; pero no obstante, aquella inmóvil imitacion de la vida, aquellos rostros de cera ambulantes, por mas agraciados que sean, causan una especie de temor. Las personas principales ostentan bastante lujo de coches en los últimos dias de carnaval; mas el gusto de la fiesta consiste en el tropel, y en la confusion viene á ser como un recuerdo de las saturnales; mézclanse todas las clases de Roma; los magistrados mas graves se pasean continua y casi oficialmente en su coche por entre la máscaras; todas las ventanas están colgadas; toda la ciudad se halla en las calles; es en realidad una fiesta popular. El placer del pueblo no consiste en los espectáculos, ni en los festines que le dan, ni en la magnificencia que tiene á la vista: no comete exceso alguno en alimento, ni en bebida: diviértese solo con verse libre, y con hallarse entre los grandes señores, al paso que estos se divierten con estar en medio del

pueblo. La principal distincion de las clases consiste en la delicadeza de los placeres, y en la educacion mas perfecta; pero en Italia las clases se diferencian poco por este estilo; y mas honra al país el talento natural, y la imaginacion de todos, que la cultura del entendimiento de las clases elevadas. Se ve pues, durante el carnaval, una mezcla absoluta de clases, de modales, y de talentos; y el tropel, y las voces, y los chistes, y los confites, con que se inundan sin distincion los coches que pasan, confunden todos los seres mortales, y trastornan la nacion, como si hubiese acabado el órden social.

Corina y lord Nelvil, ambos pensativos y suspensos, llegaron en medio de aquel alboroto: aturdiólos al pronto, porque no hay nada, al parecer, mas extraño que aquella actividad de los placeres ruidosos, cuando el alma toda está recogida en sí misma. Paráronse en la plaza del Pueblo para subir al anfiteatro junto al obelisco, de donde se ven las carreras de caballos, y en el instante que se apearon de su birlocho, los descubrió el Conde de Erfeuil, y llamó á Osvaldo para hablarle aparte.

— No parece bien, le dijo, que os presenteis tan públicamente, al venir solo del campo con Corina; la comprometeréis, ¿y qué hareis despues? — No creo, respondió lord Nelvil, comprometer á Corina, manifestando el afecto que le profeso; pero si fuese así, tendria á mucha ventura que mi vida entera... — ¡Ah! en cuanto á ventura, interrumpió el Conde

de Erfueil, no lo creo; no hay ventura sino obrando como es regular; la sociedad, por mas que hagamos, influye mucho en la felicidad, y nunca debe hacerse lo que ella no aprueba. — ¿Y viviríamos siempre sujetos á lo que la sociedad diria de nosotros, respondió Osvaldo, y lo que pensamos y lo que sentimos jamas nos sirviera de guia? Si fuese de esta manera, si debiésemos imitarnos constantemente unos á otros, ¿para qué se dió á cada cual un alma y un entendimiento? la Providencia pudiera ahorrarse semejante profusion. — Eso está muy bien dicho, replicó el Conde de Erfeuil, muy filosóficamente pensado; pero con tales máximas nos perdemos, y despues que pasa el amor, queda el descrédito de la opinion. Yo, que os parezco irreflexivo, no haré nunca nada por que pueda incurrir en la desaprobacion de las gentes: lícitas son algunas cortas libertades, algunas amables chanzas, que manifiestan despreocupacion en el modo de ver, con tal que no se cometan faltas en el modo de obrar; porque en llegando á este punto, es ya cosa grave.... — Lo grave, respondió lord Nelvil, es el amor y la felicidad. — No, no, interrumpió el Conde de Erfeuil, no es eso lo que quiero decir; sino que hay ciertos miramientos establecidos á que no se puede faltar, so pena de ser tenido por un hombre extravagante, por un hombre.... en fin, ya me entendeis, por un hombre que no es como los demas. — Sonrióse lord Nelvil, y sin enfado, ni incomodidad, se chanceó con el Conde

de Erfeuil por su frívola severidad; y advirtió con gusto que por vez primera, no tenía el menor influjo con él, sobre un asunto que tanto le interesaba. Corina había adivinado desde lejos cuanto pasaba; pero la sonrisa de lord Nelvil volvió á su corazón la paz; y aquella conversacion del Conde de Erfeuil, lejos de desasosegar á Osvaldo ni á su amiga, les inspiró cierta disposicion mas análoga á la fiesta.

Preparábase la corrida de caballos. Lord Nelvil pensaba ver una carrera como las de Inglaterra; mas admiróle saber que debían correr, unos contra otros, pequeños caballos berberiscos, sin jinetes. Este espectáculo llama mucho la atencion de los Romanos: en el instante que va á empezar, se pone toda la gente á los dos lados de la calle: la plaza del Pueblo, llena poco ántes, se queda sola en un momento; todos se suben á los anfiteatros que rodean á los obeliscos, é innumerables cabezas y ojos negros se vuelven hácia la barrera de donde deben partir los caballos.

Llegan sin brida y sin silla, cubiertos únicamente de una rica tela, y conducidos por los palafreneros muy bien vestidos, que toman en su triunfo el mayor interes; colócanse los caballos detras de la barrera y muestran un afán excesivo por saltarla; á cada instante los detienen; álzanse de manos, relinchan, y caracolean, como si estuviesen impacientes de una gloria que van á conseguir solos, sin que el hombre los dirija. La impaciencia de

los caballos, y las voces de los palafreneros hacen que el momento de caer la barrera sea un golpe teatral. Parten los caballos, y los palafreneros gritan con un ansia inexplicable, *plaza, plaza*; y acompañan á sus caballos con el ademán, y con la voz, mientras alcanzan á verlos. Los caballos se envidian unos á otros como si fueran hombres; centellea el empedrado bajo su planta, vuela su crin; y su deseo de ganar el premio, entregados de aquel modo á sí mismos, es tal, que algunos al llegar caen muertos de la velocidad de su carrera. Admira ver á aquellos caballos libres, animados de pasiones personales; y atemoriza, como si hubiese pensamiento debajo de aquella figura animal. Luego que pasan, rompe el gentío sus filas, y corre alborotado en pos de ellos: llegan al palacio de Venecia, donde está el término; y entónces es menester oír las exclamaciones de los palafreneros cuyos caballos han vencido.

Las corridas se acaban por lo regular al oscurecer, y entónces da principio otra especie de diversion mucho ménos pintoresca, pero no ménos ruidosa. Iluminanse las ventanas; las guardias abandonan sus puestos para mezclarse por sí mismas en el recocijo general: cada uno coge entónces una pequeña antorcha que llaman *moccolo*, y procuran apagarla unos á otros, repitiendo la voz *ammazzare* (matar), con una viveza temible: *che la bella principessa sia ammazzata! che il signo-*

re abate sia ammazzato! ¡ que la bella princesa muera! ¡ que muera el señor abate! gritan de uno á otro extremo de la calle (1). El gentío sin temor, porque á aquella hora se prohíbe que anden caballos ni coches, se abalanza por todos lados: en fin, ya no hay mas gusto que el bullicio y el aturdimiento. Entre tanto se adelanta la noche; cesa poco á poco el estruendo; sucede el mayor silencio; y solo queda de aquellas horas una idea como de un sueño confuso, que suspendiendo la existencia de todos, hizo olvidar un instante sus trabajos al pueblo, al sabio sus tareas, y su ociosidad á los grandes señores.

CAPITULO II

No se habia atrevido aun Osvaldo, despues de su desgracia, á oír música, temiendo aquellas dulcísimas consonancias que agradan á la melancolía; pero causan un daño real cuando nos angustian verdaderos pesares, porque la música renueva las

(1) Debe leerse una descripción del carnaval en Roma, hecha con tanta fidelidad como calor por Gœthe.

memorias que procurábamos olvidar. Oyendo cantar á Corina, escuchaba Osvaldo las palabras que pronunciaba; contemplaba la expresion de su rostro, y solo pensaba en ella; mas si se juntaban por la noche en las calles, como sucede frecuentemente en Italia, muchas voces para cantar las bellas arias de los famosos maestros, queria pararse al principio á oirlas, y luego se alejaba, porque una sensacion tan viva, y tan vaga al mismo tiempo, renovaba todas sus penas. Por aquellos dias se daba en Roma, en el teatro, un magnífico concierto, para el cual se reunian los cantores mas celebrados: Corina pidió á lord Nelvil la acompañase, y él con sintió, esperando que la presencia de su amada suavizaria todos su sentimientos.

Al entrar en su palco conocieron á Corina, y la memoria del Capitolio aumentó el interes que solia inspirar, de manera que resonó toda la sala con repetido aplausos. Por todas partes gritaron, *viva Corina*, y los mismos músicos, arrebatados del general impulso, empezaron á tocar cantos de victoria; siempre el triunfo, sea cual fuere, siempre recuerda á los hombres la guerra y las batallas. Corina se sintió en extremo conmovida de aquellas demostraciones universales de admiracion, y de afecto: y la música, los aplausos, los *bravo*, y aquella impresion inexplicable que siempre causa una gran muchedumbre de hombres, cuando expresan un mismo sentimiento, la enternecieron tanto,

que en vano procuró vencerse; llenáronse sus ojos de lágrimas, y los latidos de su corazón levantaban su pecho. Osvaldo celoso se acercó á ella, y le dijo en voz baja: — No debeis perder estos aplausos, señora; valen mas que el amor, pues hacen palpar vuestro corazón de ese modo. — Y acabando estas palabras, se puso en el extremo del aposento de Corina, sin esperar su respuesta. Trastornóla cruelmente lo que acababa de oír, y en el momento la arrebató todo el placer que sentia en aquellos obsequios, que con tanto gusto le veía presenciar.

Empezó el concierto. Quien no ha oído el canto italiano, ignora lo que es música: las voces en Italia tienen cierta suavidad y cierta blandura que recuerda la esencia de las flores, y la limpieza del cielo: la naturaleza destinó aquella música para aquel clima; y la una es como reflejo del otro; porque el mundo es obra de un solo pensamiento explicado con mil diferentes formas. Los Italianos, hace siglos, aman la música con extremo: el Dante, en su poema del purgatorio, encuentra á uno de los mas famosos cantores de su tiempo; pídele una de sus deliciosas arias, y las almas embelesadas se suspenden escuchándole, hasta que su guardia las llama. Los cristianos tambien han extendido como los paganos el imperio de la música mas allá de la vida: de todas las bellas artes, es la que obra mas inmediatamente en el alma; y mientras las demas la dirigen á tal ó cual idea, ella sola se endereza al

origen íntimo de la existencia, mudando enteramente la situación interior. Lo que se dice de la gracia divina, que trasforma repentinamente los corazones, puede, humanamente hablando, aplicarse al poder de la melodía. Hasta la misma alegría que excita con tanta perfección la música *bufa*, no es una alegría vulgar que nada diga á la imaginación: en el mismo contento que inspira, hay sensaciones poéticas, y cierta suspensión agradable, que jamas pueden dar las burlas habladas. Es la música un placer tan pasajero, se siente huir de tal modo á medida que se disfruta, que se mezcla con la alegría dimanada de ella una impresión melancólica; pero tambien cuando expresa el dolor, hace nacer un sentimiento suave; al oírlo, late el corazón con mas rapidez, la satisfacción causada por la exactitud del compás, acuerda la brevedad del tiempo, y excita necesidad de gozar en él; no hay ya vacío, no hay silencio en derredor; llénase la vida, circula velozmente la sangre, siéntese en lo interior el movimiento que da una existencia activa, y no son de temer en lo exterior los obstáculos que encuentra.

La música duplica la idea que tenemos de las potencias de nuestra alma; y cuando la estamos oyendo, nos sentimos capaces de los mas nobles esfuerzos; por ella caminamos con entusiasmo á la muerte; tiene la feliz impotencia de expresar ningun sentimiento bajo, ningun artificio, ninguna falsedad:

la misma desgracia, en el idioma de la música, no tiene amargura, ni despedaza, ni irrita. Alivia poco á poco el peso que casi siempre hay sobre el corazón de las personas capaces de afectos serios y profundos; aquel peso que se confunde con la existencia á veces; tan habitual es la pena que causa. Escuchando sonidos puros y deliciosos parece que nos aproximamos á saber el secreto del Criador, á penetrar el misterio de la vida, y no hay palabras que basten á explicar esta impresion, porque las palabras arrastran tras de las impresiones primitivas, como los traductores en prosa en pos de las poetas. Solo el mirar puede dar alguna idea de ella; el mirar del objeto amado, fijo largo tiempo en nosotros, penetrando por grados en nuestro corazón, de suerte que nos precisa á bajar los ojos para evitar tamaña ventura: así el rayo de otra vida consumiría al ente mortal que intentase mirarle hito á hito.

La admirable consonancia de dos voces perfectamente acordadas produce en los duos de los grandes maestros italianos un enternecimiento delicioso, que no podría prolongarse sin una especie de dolor; es un bienestar demasiado grande para la natureleza humana, y el alma vibra entónces como un instrumento unísono que rompería una armonía demasiado perfecta. Osvaldo permaceció con teson apartado de Corina, mientras duró la primera parte del concierto; mas luego que empezó el duo, casi á media voz, acompañado por los instrumentos de aire,

que esparcían suavemente sonidos aun mas puros que la voz misma, se cubrió Corina el rostro con su pañuelo, y su conmoción la ocupaba enteramente; lloraba sin padecer, y amaba sin temor alguno. La imagen de Osvaldo estaba á la verdad presente en su corazón pero se mezclaba con ella el entusiasmo mas noble, y vagaban en su alma atropelladamente mil pensamientos confusos; para distinguir aquellos pensamientos habría sido menester limitarlos. Dicen que un profeta recorrió en un minuto siete diferentes regiones del cielo: el que concibió de esta suerte lo que puede encerrar un instante, seguramente había oído una música deliciosa á par del objeto que amaba. Osvaldo sintió su poder, y su resentimiento se fué poco á poco calmando: el enternecimiento de Corina lo explicó, lo disculpó todo; acercóse lentamente á ella, y ella le sintió respirar inmediato en el momento mas encantador de aquella música celestial; no había mas resistencia; la tragedia mas patética no podía excitar en su corazón tanto trastorno como aquel sentimiento íntimo de la conmoción profunda que agitaba á un propio tiempo á los dos, y que iba exaltándose á cada instante, y á cada nuevo sonido. Las palabras que se cantan no tienen parte alguna en aquella conmoción; apenas dirigen de cuando en cuando la reflexión algunas voces de amor y de muerte; las mas veces lo vago de la música se presta á todos los movimientos del alma, y cada cual piensa hallar en

aquella melodía, como en el astro puro y sereno de la noche, la imágen de lo que desea en la tierra. — Salgamos, dijo Corina á lord Nelvil, voy á desmayarme. — ¿Qué teneis? le dijo Osvaldo con inquietud: perdeis el color; salid al aire conmigo, salid. — Y salieron juntos. Corina iba sostenida por el brazo de Osvaldo, y sentia volver sus fuerzas apoyándose en él. Acercáronse á un balcon, y Corina conmovida á lo sumo dijo á su amigo: — Querido Osvaldo, voy á dejaros por ocho dias. — ¿Cómo? interrumpió él. — Todos los años, al llegar la semana santa, voy á pasar algunos dias en un convento de religiosas para prepararme á la solemnidad de la Pascua. — Osvaldo no se opuso á esta intencion; sabia que en aquella época la mayor parte de las señoras romanas se entregan á los ejercicios mas severos, sin pensar por esto muy seriamente en la religion lo demas del año; pero se acordó de que Corina profesaba un culto diferente del suyo, y que no podian orar juntos. — ¿Por qué no somos, exclamó, de la misma religion, y del mismo país? — Paróse despues de manifestar este deseo. — Nuestra alma y nuestro entendimiento, respondió Corina, ¿no tienen la misma patria? — Es verdad, contestó Osvaldo; pero no dejo, sin embargo, de conocer con dolor todo lo que nos separa. Y aquella ausencia de ocho dias le oprimia el corazon de tal manera, que habiendo venido los amigos de Corina á buscarla, no habló una palabra mas en toda la noche.

CAPITULO III

Al dia siguiente muy temprano fué Osvaldo á casa de Corina lleno de cuidado por lo que le habia dicho. Recibióle su camarera, y le entregó un billete de su señora, en que le noticiaba se habia retirado al convento aquella misma mañana, conforme se lo avisó, y no volveria hasta el viérnes santo. Confesábale no habia tenido aliento para decirle la víspera que se ausentaba aquel dia. Esta nueva sorprendió á Osvaldo como un golpe inesperado: aquella cesa donde habia visto siempre á Corina, ahora tan solitaria, le causó una impresion dolorosa: veia allí su arpa, sus libros, sus diseños, todo cuanto la rodeada habitualmente; mas ella no estaba. Apoderóse de Osvaldo un temblor penoso: acordóse del aposento de su padre, y se vió precisado á sentarse, porque no podia sostenerse.

— ¿Y podria ser, exclamó, que supiese yo de esta suerte su pérdida? aquel entendimiento tan animado, aquel corazon tan vivo, aquel semblante tan brillante de frescura y de vida, ¿podrian ser heridos del rayo, y el sepulcro de la juventud seria tan callado como el de los ancianos? ¡Ah! ¡qué ilusion es la felicidad! ¡qué momento robado al tiempo inflexible que siempre observa su presa! ¡Corina! : Co-

rina! no debiais dejarme: vuestro hechizo me impedia reflexionar; confundíase todo en mi pensamiento, deslumbrado con los dichosos instantes que pasaba en vuestra compañía; y ahora estoy solo, yahora me vuelvo á encontrar, y van á abrirse otra vez todas mis heridas. — Y llamaba á Corina con una especie de desesperacion, que no podia atribuirse á tan corta ausencia, sino á la angustia habitual de su corazon, que solamente Corina alcanzaba á aliviar. Volvió la camarera oyendo los sollozos de Osvaldo, y eternecida de verle sentir tanto la ausencia de su señora, le dijo: — Milord, quiero consolaros descubriéndoos un secreto de mi señora; confío que me lo perdonará: venid á su dormitorio, vereis en él vuestro retrato. — ¡Mi retrato! exclamó. — Ha trabajado de memoria, replicó Teresina (así se llamaba la camarera); se ha levantado estos ocho dias á las cinco de la mañana para concluirle ántes de irse al convento.

Vió Osvaldo aquel retrato que era muy parecido, y estaba pintado con la mayor gracia; una demostracion semejante de la impresion que habia hecho en Corina le llenó de la mas suave conmocion. Enfrente del retrato estaba un cuadro precioso representando á la Virgen; y el oratorio de Corina se hallaba delante de aquella pintura. Esta mezcla singular de amor y de religion se encuentra en la habitacion de las mujeres italianas, con circunstancias mucho mas extraordinarias que en el

apuesto de Corina, porque ella era libre, y la memoria de Osvaldo se unia en su corazon á las esperanzas y á los sentimientos mas puros; mas, sin embargo, poner la imágen del objeto amado enfrente de un emblema de la divinidad, y prepararse para retirarse á un convento con ocho dias consagrados á pintar aquella imágen, era un rasgo que caracterizaba á las mujeres italianas en general mas bien que en particular á Corina. Su especie de devocion supone mas fantasía y mas ternura, que gravedad de alma, ó severidad de principios, y no habia nada mas opuesto á las ideas de Osvaldo sobre el modo de concebir y de sentir la religion; pero ¿cómo podia condenar á Corina en el mismo momento en que recibia una prueba tan dulce de su amor?

Recorrian sus miradas con dolor aquel aposento donde entraba por primera vez. A la cabecera del lecho de Corina vió el retrato de un hombre anciano, cuyo rostro no tenia el carácter de una fisonomia italiana. Cerca del retrato estaban colgados dos brazaletes, hecho el uno con cabellos negros y blancos, y el otro con cabellos rubios de admirable color, y lo que pareció á lord Nelvil un singular acaso, aquel cabello era enteramente parecido á los de Lucila Edgermond en que habia reparado, hacia tres años, muy atentamente por su extremada belleza. Miraba Osvaldo aquellos brazaletes y cabello, porque preguntar á Teresina de su señora, era accion indigna de él; pero Teresina, pensando acertar el

motivo de su suspension, y queriendo alejar de su idea toda sospecha celosa, se apresuró á decirle que en once años que hacia estaba con Corina, siempre la habia visto llevar aquellos brazaletes, y sabia eran cabellos de su padre, de su madre y de su hermana. — Hace once años que estais con Corina dijo lord Nelvil, sabeis pues... — Y luego se detuvo de improviso sonrojándose, afrentado de la pregunta que iba á empezar, y se salió precipitadamente de la casa por no decir una palabra mas.

Cuando se iba se volvió muchas veces para ver todavía las ventanas de Corina; pero así que perdió de vista su habitacion, sintió una tristeza nueva para él, la que causa la soledad. Probó por la noche ir á una gran tertulia de Roma; buscaba distraccion, porque para hallar deleite en meditar es indispensable, así en la felicidad como en la desgracia, hallarnos en paz con nosotros mismos.

Presto fueron insoportables para lord Nelvil todas las concurrencias; conoció mejor todo el encanto, todo el interes que Corina sabia dar á la sociedad, al advertir el vacío que su ausencia causaba; quiso hablar con algunas mujeres que le contestaron aquellas frases insípidas establecidas para no expresar los sentimientos ni las opiniones, si acaso las que se valen de ellas tienen algo que ocultar por este estilo. Acercóse á muchos grupos de hombres, que por sus ademanes y por su voz parecia hablaban con calor de algun punto importante, y los oyó

disputar sobre los intereses mas despreciables, del modo mas ordinario. Entónces se sentó para considerar despacio aquella viveza sin objeto y sin causa que se ve en la mayor parte de las reuniones numerosas; y no obstante, en Italia no es incómoda la medianía, porque carece de presuncion y de envidia, y tiene mucha consideracion con los talentos superiores, de suerte que si cansa por su peso, á lo ménos casi jamas ofende por sus pretensiones.

En estas mismas concurrencias, sin embargo, era donde Osvaldo habia hallado pocos dias ántes tanto interes; el estorbo que las gentes oponian á su conversacion con Corina, el cuidado que tenia de volver hácia él al momento que habia cumplido respecto de los demas con lo que la urbanidad exigia, la inteligencia de ambos sobre las observaciones que les sugeria la sociedad, el placer que Corina hallaba en hablar delante de Osvaldo, y en dirigirle indirectamente las reflexiones, cuyo verdadero sentido nadie sino él comprendia, variaba de tal suerte la conversacion, que en todos los sitios de aquella misma sala recordaba Osvaldo momentos dulces, agradables y entretenidos, que le habian hecho tener por divertidas aquellas reuniones. — ¡ Ah! decia al irse, ella sola da vida; vamos á los lugares mas desiertos; mejor estaré allí hasta que vuelva: sentiré su ausencia con ménos dolor, no teniendo en torno de mí nada semejante al placer.